

NAVIDAD, FIESTA DE GOZO Y SALVACIÓN

Introducción. Buscando el gozo de la Navidad

La oración colecta de la liturgia del domingo tercero de Adviento, preparándonos para el verdadero sentido de la Navidad, hace orar así a todo el pueblo cristiano: **Concédenos llegar a la Navidad, fiesta de gozo y salvación, y poder celebrarla con alegría desbordante.**

Al hacer nuestra esta oración, al desear que, efectivamente, la Navidad sea fiesta de gozo y salvación, surge en nuestra conciencia una interrogante, a la que nos vemos forzados a responder: ¿Qué hace falta para poder celebrar la Navidad con esa alegría desbordante? Alegría que no puede ser sólo ni principalmente la del consumo incontrolado de alimentos, bebidas, adornos de ambientación y regalos. ¿Es que puede quedarse en eso la Navidad? ¿Y, por qué, a pesar de que esto se nos ha dicho multitud de veces, y estamos convencidos de ello, seguimos haciendo de la Navidad el espectáculo del despilfarro y la más insultante superficialidad? ¿De dónde nace el gozo de la Navidad? ¿Qué hago yo por vivirlo?

Navidad es la fiesta de la Encarnación del Hijo de Dios. Es Dios encarnado en la condición humana. Es Dios asumiendo la vida y la muerte de todos los seres creados, para llenarlos con su propia divina realidad. El Emmanuel -Dios con nosotros-, el recién nacido en Belén, año tras año, nos recuerda que ser persona humana, hombre o mujer, es llevar dentro de sí una promesa infalible de libertad, de felicidad y de amor.

Pero, ¿cómo se come esto? ¿Hay que *tragarlo* simplemente porque así se dice? ¿Hay algún modo de saberlo con conocimiento personal, como algo que se digiere y convierte en sustancia propia? De ello queremos tratar en esta meditación.

Los tres motivos del gozo

Pero primero, hablemos de los contenidos. Contenidos, naturalmente, referidos a la fe cristiana, y que por tanto presuponen una actitud creyente. Y, no es que a los no creyentes no les pueda convencer o servir para su propio bien, sino que su plena inteligencia se abre con mayor facilidad para quienes nos decimos y somos seguidores de Jesús de Nazaret.

Si celebramos el nacimiento de Jesús, es porque sabemos, por la fe, que en Él recibimos el máximo don de Dios. Jesús es la suprema manifestación histórica del amor de Dios al mundo de los hombres y de que Dios está siempre con nosotros y a favor nuestro. *¡Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo!* (Jn 3, 16-17)

Este es el primer motivo del gozo de la Navidad. ¡El mundo está salvado por el Amor de Dios! No vivimos en un mundo condenado al fracaso, a la entropía, a la destrucción o a la nada. Un mundo salvado es un mundo con recursos para conseguir sus metas de bien, de justicia y de paz. No cabe el más mínimo pesimismo ni desesperanza, ante los graves males que afligen nuestro mundo. Sólo cabe la confianza en un Dios que ha hecho suyo el destino del mundo, y dentro de él, el destino de todas y cada una de sus criaturas.

Por la fe de los creyentes, por los que aceptan esa salvación universal que se ha manifestado en la Encarnación del Verbo, fluyen canales miles de gracia, de lucha y esperanza, de solidaridad y consuelo, que hacen avanzar la historia hacia el Reino de Dios siempre llegando a nosotros.

Gozamos al celebrar la Navidad, gozamos, sí, y mucho, porque reactivamos la fe en que este mundo no es un mundo sin soluciones, abocado al fracaso por obra y gracia de los poderes de este mundo, cuya finalidad sólo es el lucro, el imperialismo del dinero en pocas manos, y un pensamiento único que ponga a todas las mentes bajo la influencia de una falsa concepción de la vida basada en el bienestar material, el del hedonismo a ultranza y el del individualismo más desacerbado como posibilidad única de salvación.

Frente al ¡sálvese quien pueda!, de nuestra sociedad globalizada, la Navidad nos grita: ¡sólo podemos salvarnos en abrazo, en solidaridad, en la lucha por el Bien Común! Y es en esta salvación solidaria, fraterna y universal, donde Dios nos espera, donde contamos con Dios y su Amor como única salvación posible y real. *Si Dios está a nuestro favor, ¿quién puede estar contra nosotros? Dios no nos negó ni a su propio Hijo, encarnado en la condición humana hasta la muerte; ¿cómo no nos dará también junto con su Hijo, todo cuanto es bueno para nosotros, para la misma condición humana asumida por Él, e introducida así en el seno de la Trinidad por la Encarnación?* Así nos confirma San Pablo en su carta a los Romanos (8,31-39).

La Navidad nos inculca que, lo más grande que hay en nuestro mundo y en nuestras vidas, es el Amor de Dios manifestado en Cristo. Y que los poderes de este mundo ya están, en sus raíces, vencidos por la fuerza de dicho Amor.

La Navidad nos da el gozo de saber que, en el corazón del Universo, el Bien es mayor y más fuerte que toda forma de mal. Dios en persona ha visitado y compartido desde dentro la aventura humana.

De este primer motivo de gozo, surge, como la espiga de su tallo, la alegría incomparable de ser, ya no sólo hijos de Dios, como nuestro Padre/Creador; sino ¡Hermanos de Dios por su Encarnación! Hijos en el Hijo, por ser este Hijo ya de nuestra misma naturaleza, de nuestra raza humana, entero Hombre como entero Dios. La Divinidad al servicio de la Humanidad. Lo Humano elevado a la categoría de participación en lo eterno y absoluto del Dios viviente.

En este **segundo motivo del gozo navideño**, es preciso que ahondemos para sacar conclusiones de vida y descanso. Dios quiere que seamos felices. La felicidad del Hombre es cuestión de Dios. También la desgracia y el sufrimiento del Hombre no son ajenos a Dios, porque Él los ha hecho suyos para luchar junto con nosotros contra su dominio y esclavitud. Nadie está solo en su desgracia, y menos aquel o aquella que, en medio de ella, sigue confiando y luchando hasta descubrir los motivos, que nunca han de faltar, para la alegría. El hecho de que Dios haga suyo mi dolor, ¿no es ya un motivo de gozo? No tengo que soportarlo yo solo con mis escasas fuerzas. Cuento siempre con su ayuda (y, aunque no cuente, la tengo).

Desde la Navidad, el ser humano, la mujer como el hombre, tiene motivos más que suficientes para estar orgulloso de su condición, sin despreciar nada, ¡nada!, de cuanto integra su propia condición, incluidas su íntimas debilidades y carencias. ¡Todo lo ha hecho suyo el que se ha hecho nuestro!

Pero la lógica de la Encarnación no acaba aquí.

Si el mundo, este mundo complejo y real, está ya salvado por el Amor de Dios; y si el ser humano ha sido elevado de criatura de Dios a hermano del mismo Dios, **un tercer motivo de gozo** (y de responsabilidad) se desprende de inmediato, y desborda de nuestro corazón. Es el gozo de la Fraternidad Universal.

Todo el mundo lo sabe sin terminar de comprenderlo, Sin acabar de ponerlo en práctica. Navidad es la fiesta de la unidad entre los hombres. Jesús nace para ser nuestro Hermano, uno más en el cómputo de vidas venidas a este mundo. Pero su venida significa, precisamente, que al compartir con nosotros el Amor del Padre, del único y mismo Padre de todos los hombres -incluido el propio

Jesús- hace de cada uno de nosotros y nosotras un hermano y hermana universal.

Por ser humanos tenemos la gracia de la fraternidad inscrita en nuestra propia condición. Hacer patente la Fraternidad que tenemos y somos, es condición para que la fiesta de gozo y salvación que es la Navidad, no quede reducida a un conjunto de actos litúrgicos, folclóricos, consumistas y... de *caridad con los pobres*. ¿Qué tipo de *caridad* es la que solemos hacer en Navidad? Acordarse de los que poco o nada tienen una vez al año, para seguir teniendo yo más de lo que necesito en el conjunto de mis años, no es expresión de auténtico amor cristiano.

La Fraternidad que Dios me regala mediante la encarnación de su Hijo en la Condición Humana, no es un asunto ideológico ni sociológico. Es la abundancia del Espíritu del Amor desbordando de nuestros corazones. Porque tener un corazón fraterno significa no considerarte superior a nadie, ni más digno, ni más merecedor de bienes, que el resto de la humanidad. Significa, compartir penas y gozos; de modo que, la única manera de compartir mi gozo de la Navidad es compartiendo las penas de quienes las padecen. Sin olvidar que no se comparte nada desde fuera o a distancia, sino entrando en las causas y circunstancias de los sufrimientos que pretendemos consolar compartiéndolos.

Si la Encarnación del Verbo me hace hermano de los que sufren, es para que yo me encarne, según las características de mi vida, en el sufrimiento de los hermanos. Y conste que, no conoceremos gozo mayor, tanto en la Navidad, como en el conjunto de nuestra existencia, que cuando pongamos lo que somos y tenemos al servicio de los que lo necesitan. Cuando no neguemos nada de lo que podamos tener y ser, para que en el mundo triunfe el respeto a la Dignidad Sagrada de la Persona Humana, como la manera más adecuada de manifestar nuestra fe en un Dios hecho Hombre.

Conclusión. Condiciones para el gozo de la Navidad

La Navidad, ¿fiesta de gozo y salvación?

Sí, mediante el gozo del Espíritu, que coexiste con las tristezas de este mundo, sin que éstas lo puedan sofocar. Es el Espíritu que guía a Jesús, desde su Encarnación hasta su vuelta al Padre, el que nos garantiza esa alegría desbordante que equivale a saber con sabiduría interior, que nada ni nadie nos puede separar del amor de Dios.

Sí, reconociendo que hemos sido creados para la felicidad. Que Dios quiere que seamos felices. No imponiendo cargas a nadie. Compartiendo la felicidad que tenemos con quienes carecen de ella. Recibiendo con entusiasmo la felicidad que nos viene de aquellos que son felices a nuestro alrededor. Dando gracias porque siempre hay y habrá personas felices en el mundo, con una felicidad no egoísta.

Sí, compartiendo el sentido de la Cruz de Cristo, que no es el sufrimiento por el sufrimiento. Lo que nos salva, no es su sufrimiento, sino su Amor que supo llegar hasta sus últimas consecuencias. La Cruz de Cristo nos revela una felicidad, un gozo, una salvación, que es creer en Él. Amor como la fuerza mayor para construir un mundo justo y fraterno. El Reino de Dios.

Sí, con el gozo (tal vez el más humano de todos los goces) de ser fiel a mí mismo, respetando y defendiendo mi conciencia, mi propia personalidad y la fidelidad a la misión que me ha sido encomendada, frente a los cantos de sirena de la ambición, la lucha por el poder, el éxito a toda costa, el placer a ultranza, el vivir para *ir tirando*. Todo convencionalismo y rutina, toda búsqueda de seguridades y ventajas egoístas, cierran totalmente el camino a la fiesta de la felicidad, al gozo y salvación de la Navidad.